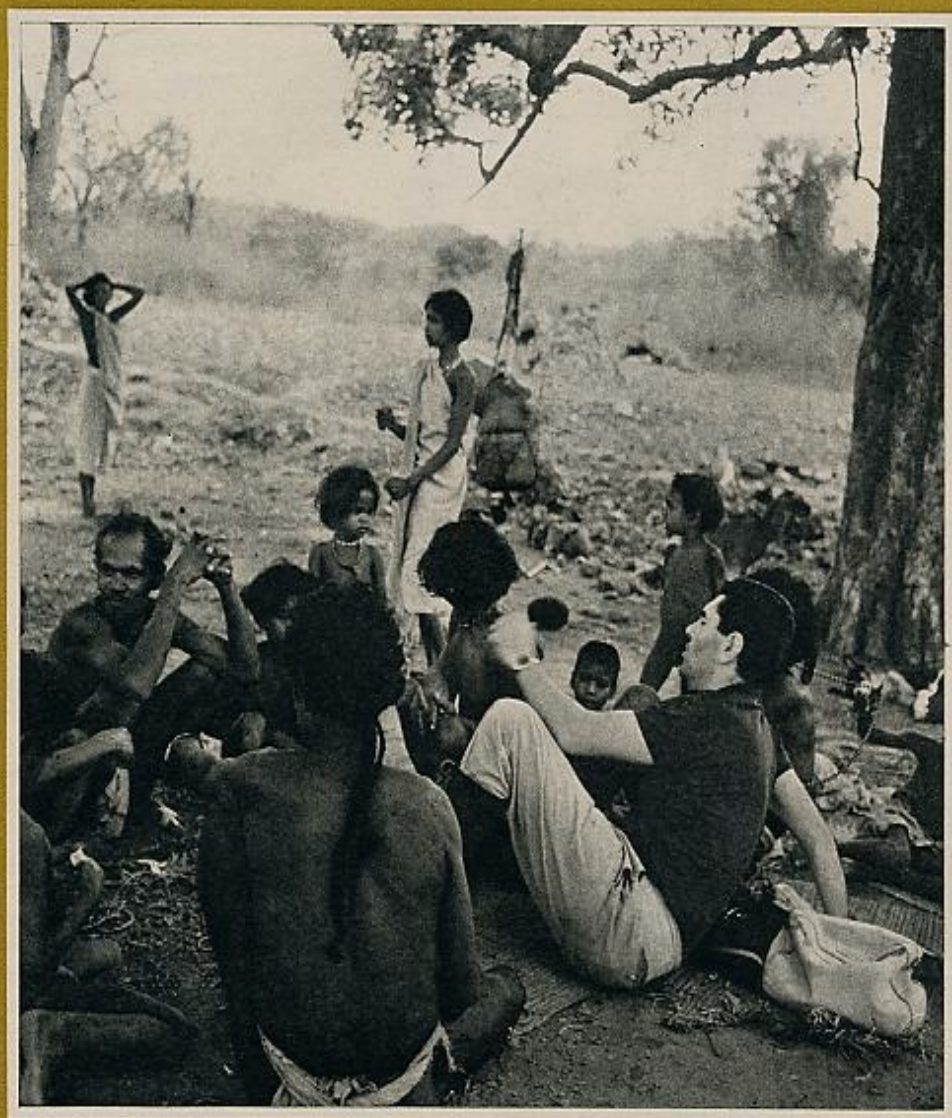


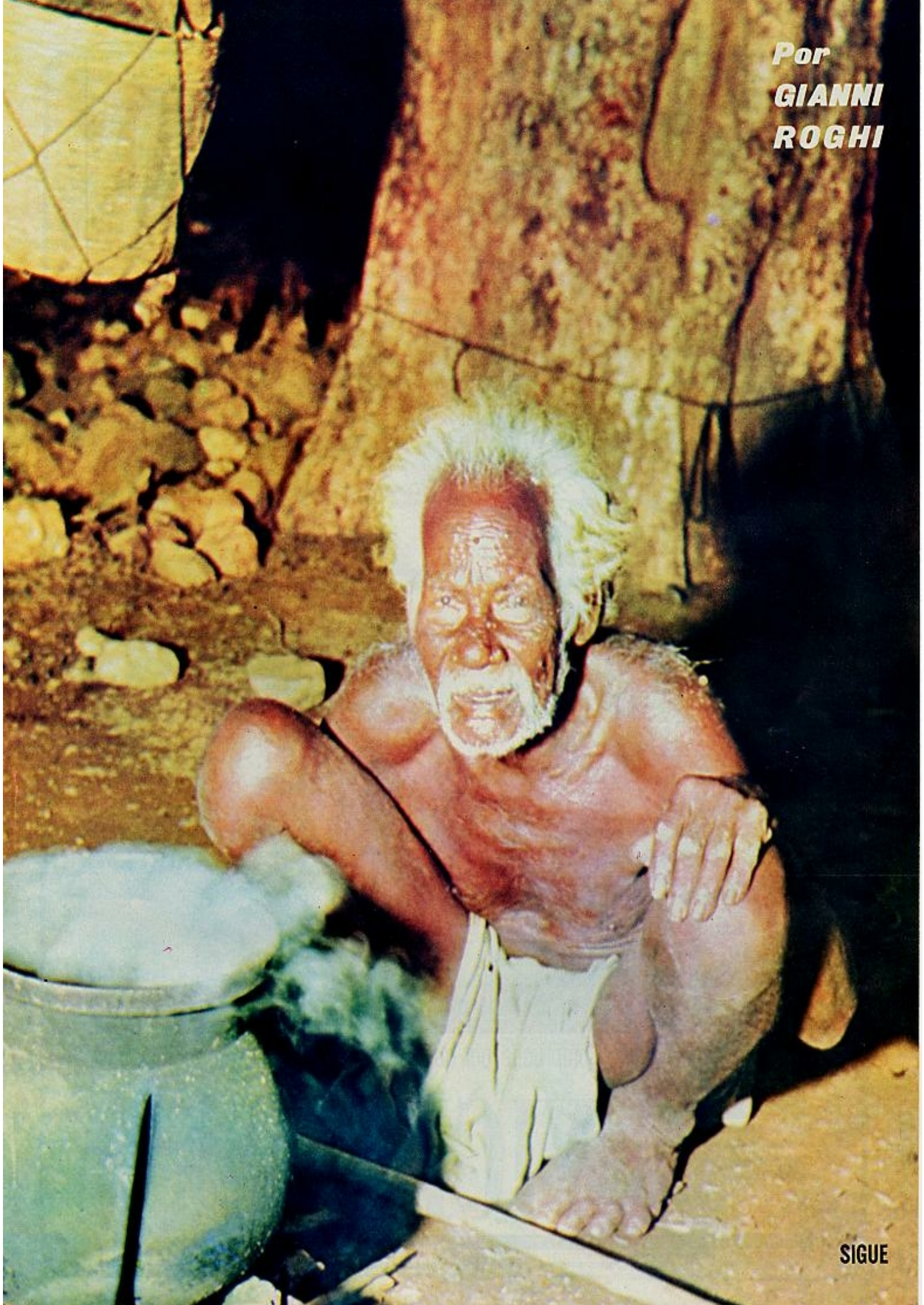
VIAJE AL PASADO DEL HOMBRE



Un anciano cazador Birhor de la India Central. Un hombre de otro mundo. Gianni Roghi cuenta aquí un día de caza con los Birhor, una experiencia sobre formas de coloquio y de técnica primitiva.

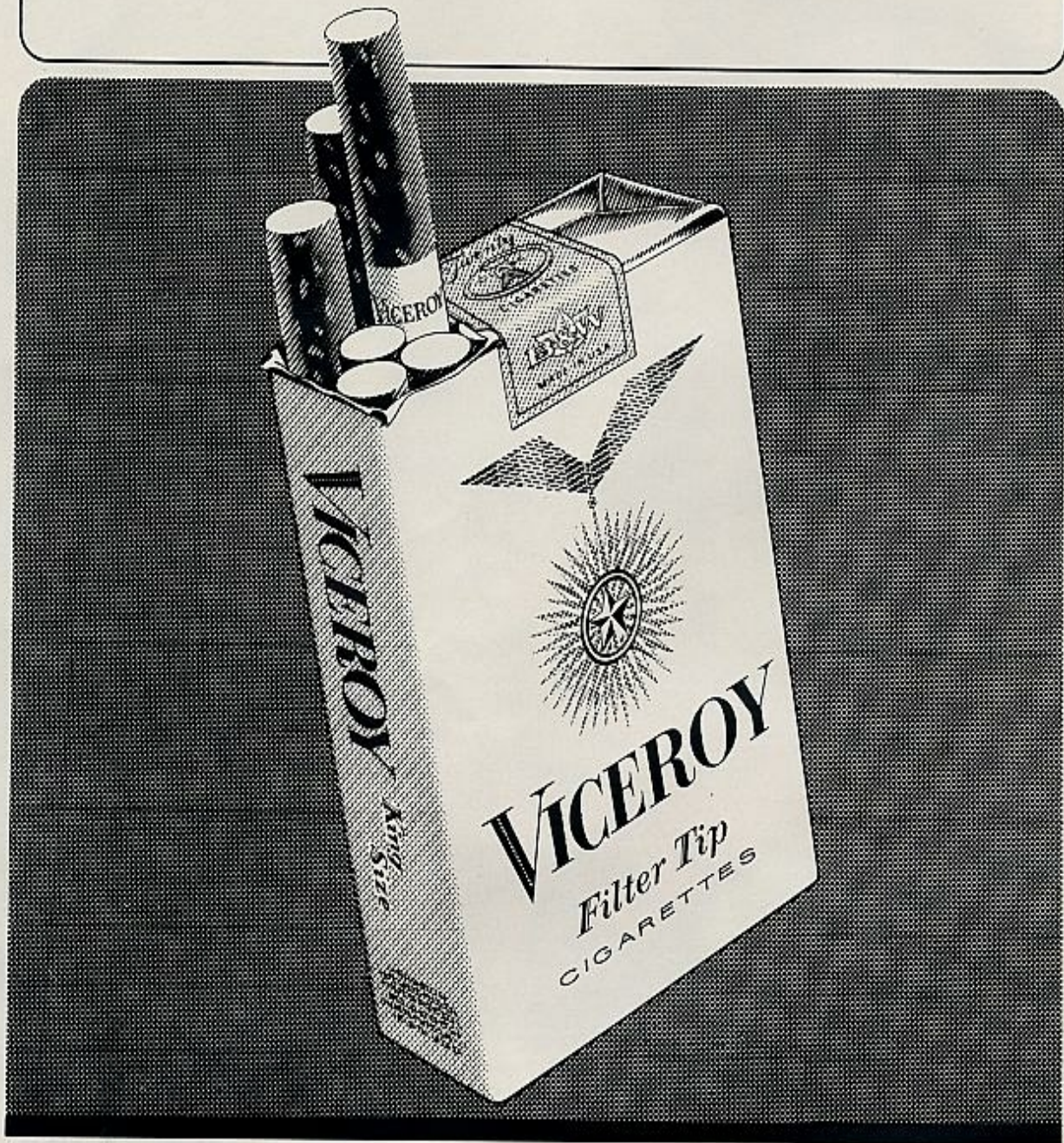
A través de dos mil kilómetros de carreteras entre Bihar y Orissa, al oeste de Bengala, Gianni Roghi fue en busca de los Birhor, hombres absolutamente primitivos, de la edad de piedra, separados del resto de la humanidad y de su progreso tecnológico. Los Birhor, protoaustraloides, de orígenes muy lejanos y misteriosos, son cazadores nómadas que en gran parte han conservado obstinadamente casi intacta su cultura primitiva, a pesar de sus encuentros con otras tribus más evolucionadas. Los Birhor han rehusado nuestra civilización, después de haberla conocido. Gianni Roghi no expone aquí unas simples aventuras, ni tampoco unos estudios etnológicos, sino que presenta un mundo humano ahora en agonía, ejemplo viviente de cómo fueron nuestros progenitores hace veinte o treinta mil años, un documento vivo de un estadio pasado de la cultura humana.

Por
**GIANNI
ROGHI**



SIGUE

No es muy fuerte... Ni muy suave...
Justo a su gusto, es **VICEROY**



Fume las principales marcas con filtro y estará de acuerdo en que algunas son demasiado fuertes y saben como si no tuvieran filtro otras son demasiado flojas y filtran todo el sabor y el gusto de fumar. Pero Viceroy - con su filtro Viceroy - sabe como Vd. quisiera que los cigarrillos con filtro supieran.

Compruebe por qué millones de americanos cambian a

VICEROY KING
SIZE

LA CIVILIZACION REHUSADA ①

EN el cuarto día que vivía con él, Naya, el jefe de la tribu, levantó con dos dedos la puerta de mi tienda. Amanecía. Me hizo una señal hacia la colina del norte, un pequeño gesto de ofrecimiento: ¿Quieres venir con nosotros? De esta manera salimos de caza, en las selvas de Singbhum, yo y los Birhor. Mejor dicho, los Birhor y yo, el último de la fila, yo el más alto y más grueso, con camisa, pantalones de cuero y paso pesado, y ellos medio desnudos, pequeños y ligeros, con la cabellera encrespada partida por la mitad, las hachas sobre la espalda, las grandes redes enrolladas en bastones. Había buscado a los Birhor, últimos primitivos de la India central, a través de dos mil kilómetros de carreteras y pistas entre Bihar y Orissa, al oeste de Bengala. Los había escogido porque tenía la convicción de que podían representar el punto de llegada de un viaje mío muy largo a través de las poblaciones primitivas, de los papúes de la Nueva Guinea a los maories de la Polinesia, de los galos y de los pahuines del África ecuatorial a los dancales y los yemenitas del bajo Mar Rojo, de los negritos de las Andamanas a los santales, los mundas y los ho de la India, un viaje realizado por fracciones en diversos años, y que había llegado ahora el momento de darlo por acabado para ser contemplado bajo una sola perspectiva, para extraer su significado, para buscar la contestación a algunas preguntas. ¿Dónde existen todavía hombres absolutamente primitivos, hombres de la edad de piedra, separados del resto de la humanidad y de su progreso tecnológico? ¿Es su aislamiento verdaderamente absoluto; existe, por ejemplo, un hombre que no haya visto jamás un metal? ¿Cuáles son las relaciones con los hombres de civilizaciones superiores que los rodean? ¿Es cierto que dentro de pocos decenios se extinguirán en cuanto a poblaciones antropológicamente definidas? ¿Y esto sucederá en lo que nos resta de siglo, con una rapidez catastrófica, y de un modo tan inexorable? Escogí los Birhor porque, de las informaciones que había podido recoger, a pesar de que la literatura etnológica es muy escasa y poco concreta con relación a ellos, tenía la intuición que me proporcionarían un testimonio profundamente interesante: el rechazo de nuestra civilización, después de haberla conocido. Los Birhor, protoaustraloides, de orígenes muy lejanos y misteriosos, eran cazadores nómadas que en gran parte habían conservado casi intacta su cultura primitiva, con obstinación a pesar de sus frecuentes encuentros con otras tribus actualmente más evolucionadas y relacionadas, con poblados en los que la habitación humana ya no era su cono de hojas, sino cabañas con muros de barro y techos de paja, o tal vez con tejas. Había visitado en Neterhati un poblado de Birhor que había acabado admitiendo las presiones del gobierno indio y se habían establecido en estas nuevas habitaciones dispuestas para ellos, y allí pude observar, en vivo, el momento crítico, realmente dramático, de una población que repentinamente se ve obligada a revolver su manera propia de vivir, realizando un salto en el tiempo equivalente a milenios. Después quise ver a los Birhor en su estado primigenio, los Birhor que no lo habían admitido. «¡Oh, ya no existen —se me decía—; en la India ya no hay aborígenes, la India está desarrollada». Fui a parar a Ranchi, y allí encontré a un hombre de cultura, el doctor Sachchidananda, director de un museo etnológico que me dio la razón. «Si que los hay —me dijo con aquella especie de

disgusto que experimentaríamos nosotros si un extranjero nos preguntara si existen cavernícolas en nuestras montañas—. Si que los hay; muchos no han aceptado nuestras ofertas para que descendieran al poblado, han preferido permanecer en la selva; procure llegar a Monoharpur, que es una población a dos días de distancia de aquí, vía Chaibasa, actualmente es la estación seca y podrá llegar allí; más tarde, no lo sé, tendrá que arreglarse; ¿tiene usted un fusil? Hay tigres, leopardos; cuando vuelva, venga a contarme su suerte. Llegué a Monoharpur con mi coche-wagón a través de la selva, vadeando media docena de torrentes proseguí con el «jeep» desde la última guardia forestal; finalmente continué a pie por otros senderos con un muchacho de raza ho, guía y encargado del equipaje, armado con arco y flechas. Y al anochecer de una bella jornada veo por fin los hilos de humo de los fuegos de un campo, son los Birhor. Con mucha fortuna encontré un grupo típico, lo que etnológicamente denominan un *food-group*, grupo de alimento, una pequeña tribu autosuficiente. Un sitio más claro dentro del bosque, quince cabañas cónicas de ramas y hojas, catorce hombres, quince mujeres, nueve niños. Me acogieron con estupor, miedo y sospecha. En este punto, ya era un signo de amistad alentador el que Naya me dijera si quería que saliera con ellos.

Mi narración comienza con una jornada de cacería, porque fue a través de ella como pude iniciar mi primer diálogo con esta gente. Quiero advertir que mis artículos no serán el recuento de aventuras tropicales, y menos exposiciones etnológicas, sino que intentarán poner en evidencia el problema de un mundo humano en agonia, cuya desaparición significará para todos nosotros la pérdida definitiva del ejemplo material y viviente del mundo de los progenitores comunes, de un documento parlante de un estadio de cultura que fue el de todos los hombres, unos veinte o treinta mil años atrás, en los albores de lo que llamamos civilización, y que dio su primer paso en la edad del hierro. Mi primer día de caza con los Birhor había de mostrarme no sólo una de las técnicas primitivas del hombre para procurarse sus alimentos, sino que también me había de introducir en unas formas de coloquio, de intercambio, que podría ampliarse y enriquecerse en los días sucesivos.

Eran diez, más un pequeño; andaban sin hablar, sin mirar atrás, uno detrás del otro, con paso corto y ligero, apenas balanceándose de un lado a otro, igual que nuestros deportistas. En el fondo del sitio más claro atravesamos un torrente. Cuando entramos en el agua, el que me precedía dio la vuelta, me miró los pies, y después continuó sin detenerse. Pensé qué podía llamarle la atención, y en el segundo vado comprendí que su sorpresa era ocasionada por el ruido que hacían mis grandes pies al introducirse en el agua. Fue esta pequeña revelación la que me despertó de una especie de resignada hipnosis en que había vivido durante aquellos primeros días ociosos e inconsistentes, pasados en el poblado; una resignación, un punto muerto, ya advertido otras veces, en el primer contacto con hombres primitivos, debida tal vez a la sensación de imposibilidad física de entablar cualquier relación, de un lenguaje común, de un interés recíproco. ¿Para qué molestarse para vencerlo, si no había puentes posibles? No obstante, pensé, la sorpresa del Birhor por el ruido de mis pies podía ser un puente; era para él una curiosidad; para mí un motivo inesperado de re-

flexión. Andaban todos de una manera distinta que yo, levantaban la rodilla en ángulo recto y colocaban de una vez toda la planta del pie. Aunque me esforzara, mi pie se movía horizontalmente sobre el terreno, arrastraba hojas secas, agitaba el agua, tropezaba con piedras. Si recordé que también los dancales y los eritreos de los altiplanos rocosos caminaban con aquel paso vertical, una técnica para distribuir sobre la mayor superficie posible el peso del cuerpo, para disminuir la presión sobre una piedra de cantos vivos, una espina, un pedazo de pedernal o de bambú. ¿Es una técnica adquirida por imitación o hábito, o tal vez producida por infinitas mutaciones hereditarias, impuesta por fin por la selección natural? Una manera de andar especial, pues, que yo no sabía ni podía imitar; mi pierna seguía automáticamente un movimiento muy diverso. Así cuando nos detuvimos después de un par de horas de camino en la cima de una colina, y todos se sentaron sobre unas rocas negras que afloraban en la cresta, hice un gesto a Naya mostrando mi disgusto por el rumor que hacían mis torpes pies, y él sonrió, tal vez sin comprender lo que le significaba.

Desde que mi muchacho me se había marchado, al día siguiente de mi llegada al campo, por la mañana, ya no tuve intérprete (el chico sabía un mínimo de inglés), y sólo con mucha fatiga pude conseguir que me enseñaran algunas voces fundamentales: alimento, agua, dormir, hombre, mujer, niño, árbol, sol, luna, por lo que nuestra relación era de momento muy concisa, una petición de respuesta, un lenguaje para las cosas esenciales, es decir primordiales. Por otra parte, ellos permanecían callados durante la mayor parte del tiempo, y aun en el poblado sus conversaciones eran en voz baja y brevísimas, cinco o diez palabras y después un silencio de horas o tal vez de días.

Uno de los cazadores, de nombre Mohuar, no había abierto la boca desde que yo había llegado, a pesar de que me parecía de aspecto inteligente y expresivo. A veces me miraba y reía, sin ruido, exhibiendo sus dientes blancos brillantes.

No nos estacionamos hasta llegar a la tercera colina. Pendientes rápidas, bosque con barrancos, una jungla abierta de color claro muy bello, en el interior de la cual mis pequeños hombres se movían como fantasmas ligeros. Un pavo corrió por la derecha lanzando un graznido, después otros dos, y finalmente cuatro volaron juntos a los árboles, colocándose como señores que con su largo traje azul se podrían colocar en un palco de un teatro verde-amarillo. *Amingiur*, dijo señalándolos uno de los diez, guiñando el ojo pícaramente. ¿Qué podía significar para él *amingiur* el pavo? En el poblado había visto sobre las cabañas ramilletes de plumas de pavo; por consiguiente, los cazaban. Pero ahora, ¿qué? ¿Gamos? ¿Antílopes? Nos sentamos en la hierba. Era mediodía, la humedad y el bochorno acentuaban mi fatiga; pero principalmente me sentía extraño, no comprendía qué era lo que estábamos buscando, nada de lo que pueda haber en aquellas colinas (¿cuántos kilómetros habíamos andado ahora?), nada de aquella jornada tan distinta de las que paso ordinariamente. Ni siquiera sabía si por la tarde regresaríamos al campamento o si permaneceríamos en la selva días o semanas. ¿Qué comeríamos y qué beberíamos? Percibí un crujido en la hierba. Sabía que llamaban *bin* a la serpiente. ¿*Bin*? —pregunté— *bin*? Naya sonrió e hizo

SIGUE

Naya, jefe del grupo de los Birhor, enciende fuego ante su choza. Técnica del neolítico: un palo de madera dura se hace girar con rapidez en el hueco hecho en otro pedazo de madera más blanda, donde se ha puesto el cebo: pajas, fibras u hojas secas.



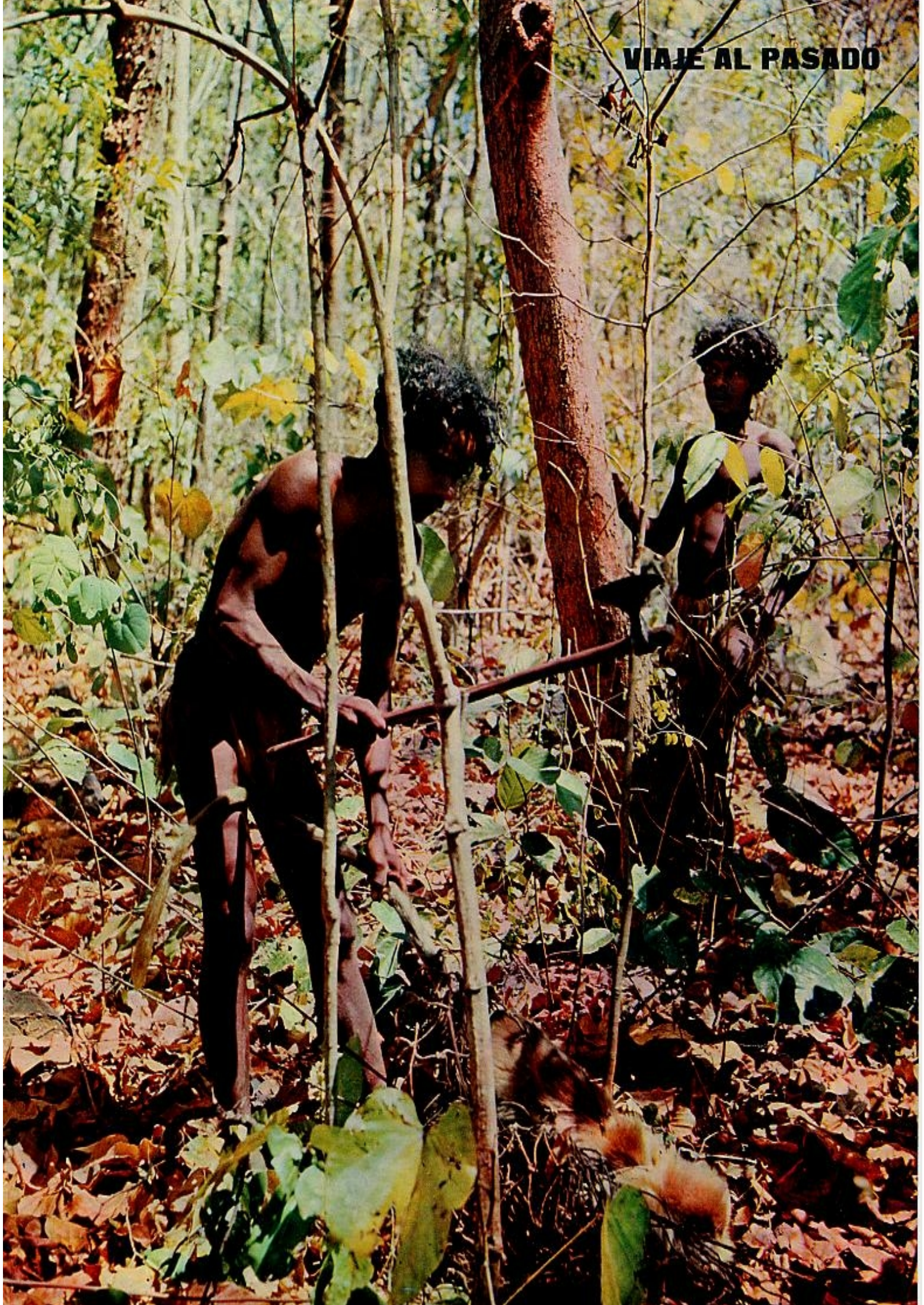
una señal negativa, levantando las espaldas (el sí se indica inclinando la cabeza a un lado). Pero cómo se las arreglan para saber que no es *bin*, yo quería saberlo, puesto que la hierba es tan alta; por esta razón me levanté, mirando en dirección de donde había salido el ruido, y de nuevo repetí: ¿*Bin*? Naya me miró sorprendido, después se tocó la nariz y repitió el signo de negación con sus espaldas. Pero otro se dio cuenta y se puso de cuatro patas junto a mí, dirigió su nariz al punto de donde procedió el ruido, aspiró fuerte, me miró, me tocó las piernas y me invitó a que yo también oliera. Le complació, y él se levantó satisfecho, como para decirme: ¿Lo ha observado? no es *bin*. Deduje que descubrían las serpientes con su olfato, como los animales. Las serpientes tienen dos glándulas anales, que segregan un olor acre, principalmente en la primavera, lo que sirve de reclamo sexual. Los animales saben evitarlas a distancia, y estos hombres igualmente. Es por este motivo por lo que andaban tan ligeros y seguros en medio de la hierba con sus pies descalzos, más tranquilos que yo con mis zapatos.

Comencé a observarlos con nueva atención, y poco a poco descubrí más características de su comportamiento, de su adaptación al ambiente. Su manera de escuchar y ver al mismo tiempo: la cabeza alta inmóvil, ligeramente levantada sobre el cuello arqueado, con la rigidez vibrante de un lagarto. En cambio, mi cabeza se movía continuamente, mis ojos y mis oídos giraban cautos pero inquietos, como para captar aquí y allá vibraciones e imágenes, tal vez; sus ojos y todos sus sentidos parecían fijos, las imágenes y vibraciones llegaban por sus medios, ya seleccionados. Así, repentinamente, subiendo a media colina, se detuvieron todos de una vez, con las once cabezas dirigidas a un mismo objetivo a unos treinta metros de altura. Inmóviles, mirando, sin cambiar la expresión de su faz, que parecía indiferente, como si no tuviera nada que ver. Siguiendo su mirada percibí en la espesura un ruido de hojas, nada más. Pero, evidentemente, era éste el animal que estaban buscando. Naya me dirigió una sonrisa de satisfacción y murmuró: *sava*. Noté que se preparaban. Divisé volando veloz el perfil de un ave, lo mostré a Naya interrogando: ¿*Sava*? No. Hizo una señal marcando una larga cola y rechinó los dientes. Señaló un mono, y sonrió alegremente: *Sava*, confirmó, y quiso que todos se dieran cuenta de lo que señalaba. *Sava, sava, sava*, aprobaron. Uno de ellos se tendió, quedando en su puesto; los demás retrocedieron sobre sus propios pasos, y con ellos yo. Descendimos de la colina a la que poco antes habíamos subido, subimos por otra. Llegué a pensar que ya les dejaban de importar aquellos monos: estaban sencillamente continuando la marcha, cambiando de situación, ignorando la causa. ¿Y el camarada que había quedado solo? Comprendí finalmente que estábamos haciendo una larga vuelta; pero hacía ya media hora que andábamos, aunque lentamente, en medio de las lianas, y no me parecía posible que estuviéramos preparando una batida, porque aquellos monos debían estar a medio kilómetro atrás. Súbitamente se detuvieron todos a un signo **SIGUE**



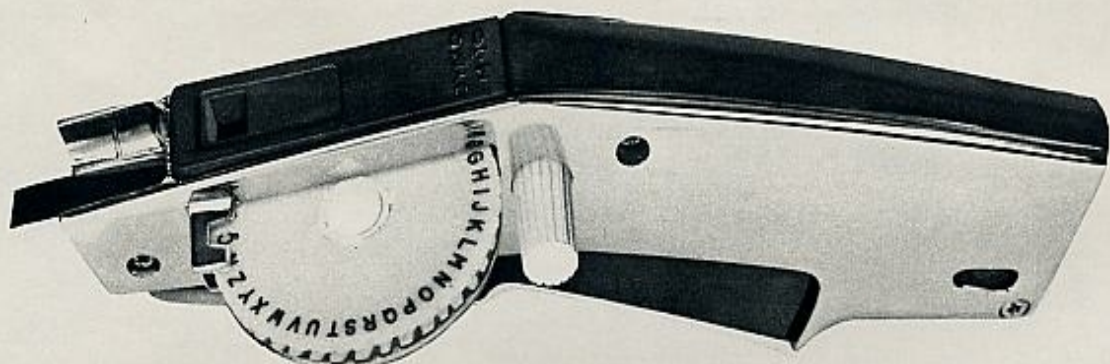
Los Birhor han capturado dos monos. Uno es muerto de un hachazo en la nuca. El otro queda en reserva para comerlo después, cuando haga falta.

VIAJE AL PASADO



ESTO ES DYMO

M-10



M-10 Dos anchos de cinta—9,5 mm y 6,3 mm—
ancha para mayor legibilidad, estrecha para mayor
economía.

Dos tamaños de letra - grande y normal (Standard)

Dos clases de espacios - seleccionados por botón a
presión.

Discos de cambio rápido - pueden adquirirse discos
de tipos especiales.

Trece colores de cintas diferentes

M-29 Rotula sobre cinta de 12,7 mm de ancho

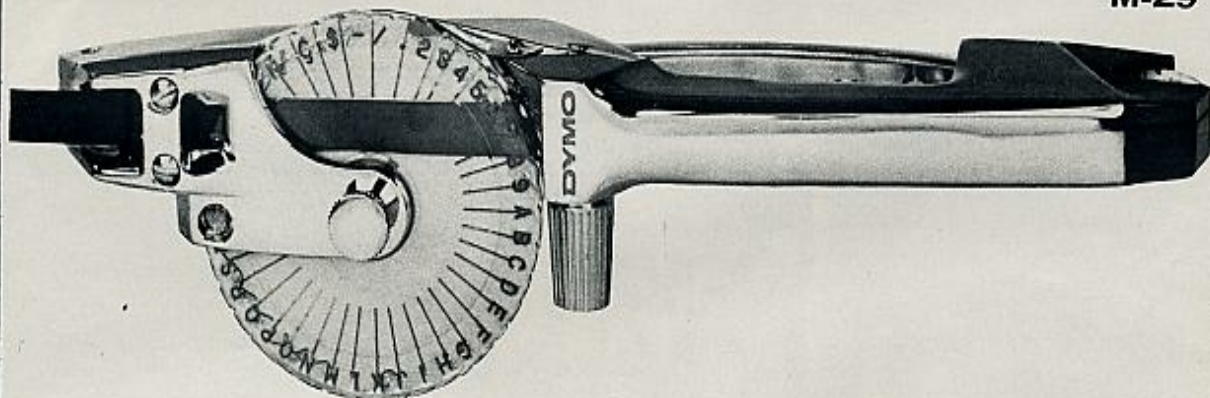
Dos tamaños de letra - grande y normal (Standard)

Dos clases de espacios - seleccionados por botón
a presión.

Discos de cambio rápido - pueden adquirirse discos
de tipos especiales.

Once colores simples y cinco en oro contrastado.

M-29



El más moderno, práctico y económico sistema para la buena organiza-
ción de su negocio, y para cualquier actividad que requiera marcar algo.
Con la etiqueta Dymo, llamativa e inalterable, se clasifica y destaca
cada objeto, carpeta o producto que usted necesite para hallarlos al al-
cance de su vista y de su mano en el momento preciso.

DYMO®

EL SISTEMA QUE LE SOLUCIONA
TODOS SUS PROBLEMAS
DE CLASIFICACION

de Naya, en un punto que no me pareció distinto de los demás, y desplegaron las redes.

Sabía que los Birhor cazan con redes, una técnica del paleolítico superior, y sentía una particular curiosidad, porque se trata de un arte practicado en la actualidad por rarísimas razas primitivas en todo el mundo; si no me equivoco, únicamente por los daiaki de Borneo, y algún grupo aislado del África centro-oriental. Las redes eran seis, de una longitud de unos diez metros cada una, de unos ochenta centímetros de ancho, de fibras vegetales entretrejidas. Guardando absoluto silencio, los ocho hombres y el muchacho se distribuyeron por el bosque atando los extremos a los troncos de los árboles. Cuatro redes fueron extendidas una a continuación de la otra, formando así una barrera única, vertical, con el borde inferior al nivel del suelo. Las dos restantes fueron dispuestas en ángulo recto en los dos extremos, constituyendo una especie de corredor que conduce a la barrera central. Fabricadas con elementos sacados de los árboles, las redes se mimetizaban fácilmente, en la luz templada de la selva.

Naya me señaló que me escondiera tendido detrás de un tronco y puso su mano sobre la boca; silencio, ahora. Quedé solo, con el oído en tensión. Pasaron diez minutos, un cuarto de hora, media hora. Percibí dos señales, pero podían ser de animales asustados. Las redes estaban delante de mí. Después oí una señal, después otra más débil; pero en aquel laberinto vegetal mi vista no podía alcanzar más allá de siete u ocho metros. Note que me tocaban la espalda: era uno de ellos que había llegado a mí sin hacer ruido. Sonreí, hizo un gesto: sígueme. Anduvimos hasta la red, y finalmente vi a un compañero suyo llamado Diguar, que debía ser una especie de vice-Naya, que sostenía un gran animal enredado en la red. No me había imaginado que se tratara de monos de tal tamaño. Eran semnopitecos, de piel plateada, piernas largas y cola desproporcionada. Diguar sostenía la cola por su extremidad, mientras el simio capturado se debatía furiosamente. Me dejó fotografiar (ninguno de ellos había comprendido para qué pudiera servir aquel artefacto negro que tenía siempre en las manos y que dirigía ora a un punto, luego a otro; únicamente hasta más tarde no les llegó una especie de explicación-liberación), después levantó el hacha, y con un golpe neto en la nuca lo mató.

Quedé perplejo, porque aquel mono, lo conocía bien, era el mono sagrado de la India hindú. Lo había visto en rebaños, el pasado año, próximo a los grandes templos de Calcuta y Benarés, y se me había dicho que quien osara maltratarlos acabaría mal. El semnopiteco (y de una manera particular esta especie) es venerado porque se considera descendiente de Hanuman, divinidad simiesca de la India meridional, que había ayudado a Rama para la conquista de la isla de Ceilán, construyéndole un puente de piedra frente a Mansar. Y Hanuman todavía hoy siguen llamándolo los indios. ¿Hanuman? pregunté a Diguar. Este me miró sin comprenderlo, después dijo, no: *sara*, aquél era *sara*.

Capturaron otro, mientras que un tercero se escapaba, huyendo desesperado de las redes. El segundo mono fue recogido por Naya en persona ayudado por un compañero. Naya le torció los brazos, una especie de presa de judo, y así inmovilizado lo conservó vivo. El mono se volvía algunas veces para mirarlo en sus ojos, y se observaba el uno risueño y el otro aterrizado, mostrando sus dientes.

Terminada la caza, los hombres soltaron los extremos de las redes y las arrollaron de nuevo en los bastones. Nos pusimos de marcha nuevamente todos juntos, tomando una dirección inversa a la que habían seguido los monos, y fue en aquel momento cuando comprendí toda la

maniobra. El cazador que había quedado en el primer lugar había impedido con su presencia que los simios se escaparan hacia el monte, mientras que nosotros íbamos a colocarnos, dando una gran vuelta de unos cuatrocientos metros por lo menos, en un valle muy quebrado. Naya había escogido aquel punto porque allí el bosque era más claro; los monos, al no poder lanzarse de un árbol a otro, habían tenido que descender de las ramas más altas y correr por el suelo. Y era allí donde les estaban esperando las redes. Los hombres los habían perseguido formando dos filas separadas, y los habían conducido, sin gritos ni ruidos, hacia el lazo. Todo silenciosamente. Los monos se escaparon por los árboles mientras pudieron, después bajaron a tierra, y los hombres apresuraron su marcha y los condujeron hacia el ángulo deseado. Todo ello muy sencillo, en apariencia. Mas poco a poco, mientras recorría el terreno donde se practicó la batida, y la selva se volvía cada vez más oscura y densa, impracticable en algunos puntos, me preguntaba por qué milagro de orientación y de intuición estos pequeños hombres habían podido rodear a tres monos arborícolas, astutos, fuertes y agresivos como los semnopitecos, para conducirlos a una valla de unos cuarenta metros en medio de espesa selva de la que yo no hubiera podido encontrar el principio ni el fin.

Atravesamos otras colinas, y fuimos a parar a un camino que se insinuaba entre dunas rojas de arcilla, después entramos de nuevo en la espesura, y vimos un lento curso de agua en el fondo de un barranco. Lo miraron, subieron luego más arriba, y se sentaron en un sitio donde ya no se podía verlo. Yo apuré las últimas gotas de mi cantimplora. Ninguno de ellos había probado una gota de líquido desde la mañana, tenían el agua a dos pasos y no les interesaba. Se habían especializado en no beber, como los animales carnívoros del bosque, que únicamente beben cuando comen, por la noche y por la madrugada. Yo había vivido durante ocho días, algunos años atrás, en el mar Rojo, con un grupo de pescadores de escualos, yemenitas: trabajaban hasta el anochecer bajo un sol feroz, flotando sobre un agua que lucía como un espejo, y no los vi beber siquiera una vez, no tenían a bordo ni una gota de agua y habían atravesado aquel mar durante diez días hasta llegar a las islas Dahlak, donde se encuentra una pequeña isla de corales, habitada únicamente por aves. En aquella isla había un pozo de agua salobre; no se inclinaron jamás para mirarlo. Ahora, tendido al lado de un Birhor, observo cómo recoge una hoja seca, la tritura con el mango del hacha, la reduce a polvo con los dedos y, colocando el producto en la palma de la mano, la ofrece al muchacho que tiene a su lado y los dos engullen este polvo. Lo probé: era picante, una especie de pimienta.

«¿No bebéis?», les indiqué, con gestos, y él, sonriendo, contestó: «No». Era enjuto, sin sudor, delgado y musculado, no tenía agua superflua en su cuerpo. En realidad, pensé, en este clima caliente y húmedo era muy natural no beber; más higiénico y racional. No obstante, mi garganta estaba seca y ardiente como una piedra. Si hubiera crecido con ellos en aquellos parajes, me dije, ¿no tendría yo sus mismas costumbres o es que hemos sido hechos diferentes y yo no había sido formado para aquel ambiente? ¿Pues para qué ambiente había sido yo creado? Me sentí como un individuo genérico, bueno para todo un poco, pero sin particulares disposiciones, sin especialidad, como me lo habían mostrado en cada contacto con los hombres primitivos, hombres desarrollados en ambientes biológicos de características tan distintas, selva virgen, desierto y otras circunstancias que habían condicionado sus caracteres hereditarios.

Naya había atado los pies y manos del mono

a un árbol y el animal estaba tendido de bruces, haciendo contorsiones intermitentes, como de desesperación humana. Continuaba mirándonos con ojos aterrizados. Los cazadores no hacían caso de ello; estaban absortos y mudos. «Naya —dije—, ¿qué nombre dais vosotros a la cara?», y señalé mi rostro y el suyo. Contestó una palabra, como *kairá*. «¿Y cómo se llama la de *sara*?». «*Kairá*», repitió. Por lo tanto, para él el simio tenía rostro y no hocico. Repetí la pregunta para los vocablos brazos y piernas. Y también para él el mono tenía brazos y piernas, y no patas. ¿Y si se tratara de este insecto? La palabra era diferente: patas. Por lo tanto, ¿qué cosa podía dar al Birhor, hombre del bosque, la conciencia de ser enormemente, fundamentalmente, diverso del simio, de ser una persona humana? Recordé que un antropoide fósil de la India tenía el mentón, hueso típico del «homo sapiens»; y, por otra parte, aquel mono, como otros simios arborícolas, tenía un rostro pequeño, un cráneo suficientemente alto y los lóbulos frontales suficientemente pronunciados, no muy diferentes de él y de mí. Me parece que fue el antropólogo Carleton Coon quien dijo que en el «homo sapiens» se habían combinado todas aquellas características para construir su faz; ¿seríamos hombres únicamente por esta combinación de los caracteres óseos? Naya me estaba mirando interrogativo; mis preguntas habían despertado su curiosidad. Luego, de repente, mirándose intencionadamente, se tocó la frente y el corazón. Creyó que me comprendía, e, indicando la frente y el corazón del mono, levantó luego las espaldas; no, era diverso. Procuré entenderlo y, después de una serie de gestos, palabras y repeticiones, lo comprendí: él era hombre; él era hombre por una diversa combinación: la del corazón y del cerebro. Le dije: «¿Sientes los latidos de mi corazón y los del tuyo?». «Sí». «¿Y en el mono no late su corazón?». «Sí». Levantó las espaldas y repitió su doble signo: cabeza y pecho. La combinación, el hombre, estaba en aquel puente. Para demostrármelo, hizo un largo y misterioso discurso (largo para él, a lo más, de veinte palabras), con un cierto tono apasionado, apretando su mano sobre su corazón. «Si —le dije, moviendo mi cabeza a su manera—, estoy de acuerdo». Naya se calló, satisfecho, y miró con orgullo a los suyos, que habían seguido el diálogo con extremada atención. Hasta yo recobré la sonrisa, como liberado de una penosa cuestión. Hubiera querido añadir, mas el lenguaje me lo impedía, que el embrión humano tiene cola y que se sabe que todos los animales repiten, en su vida embrionaria, la entera historia de sus progenitores a partir del estadio unicelular. Pero Naya quedó contento con su solución, que debió parecerle clarísima; y al mono, que continuaba removiéndose inútilmente, le dio un puntapié, encolerizado.

Se levantaron y, poniéndose otra vez en fila, descendieron nuevamente al curso del agua, pero en vez de atravesarlo siguieron a lo largo, y únicamente cuando encontraron un tronco caído, que hacía de puente, pasaron a la otra parte. El riachuelo era poco profundo. No lo comprendí, de modo que llamé a Marar, después de haberme detenido en la orilla; él me precedía unos pasos. Se volvió y yo señalé la actitud de meter un pie en el agua. Se agarró a mi brazo (era la primera vez que me tocaba con tanta decisión uno de ellos, pues, hasta el presente, se había evitado casi todo contacto físico), frunció las cejas, pronunció algunas palabras, de las cuales sólo una ha quedado en mi memoria: *bonga*. Es decir, espíritu. «¿Buru bongá?», dije. Marar contestó afirmativamente y

SIGUE

VIAJE AL PASADO





Arriba, un muchacho calmado su sed a media mañana. Para eso, toman una hoja seca triturada en la palma de la mano, una especie de polvo picante. Durante el día no beben, aunque haga calor.

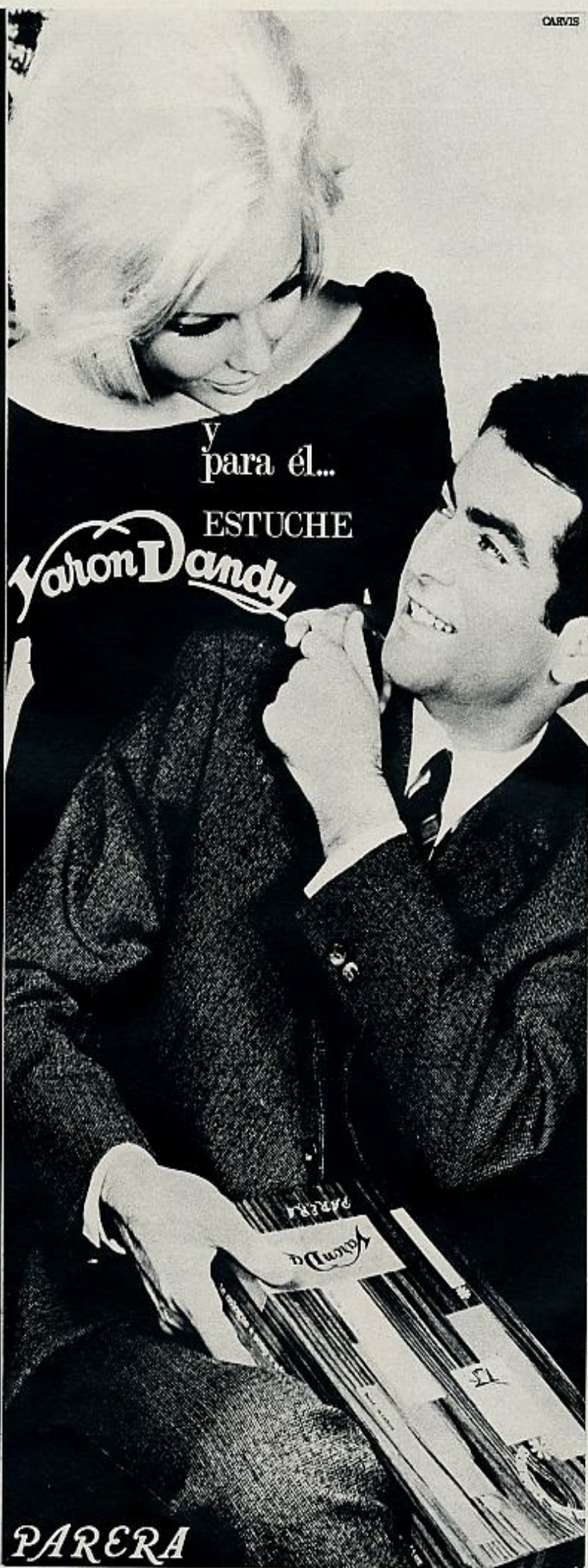


Izquierda, una cabaña hecha de ramas y hojas. Los Birhor practican el pequeño nomadismo, típico de los cazadores-cosecheros del paleolítico superior. Dentro de pocos decenios habrán desaparecido.



Un Birhor, de edad madura, con el tam-tam. Pertenece a un «foodgroup», grupo de alimento, una pequeña tribu autosuficiente formada por estos vivaces pigmeos de piel negra y lengua dravídica.





y para él...

ESTUCHE

Yahon Dandy

ES
MAS QUE
UN
DETALLE

jabón
colonia
masaje



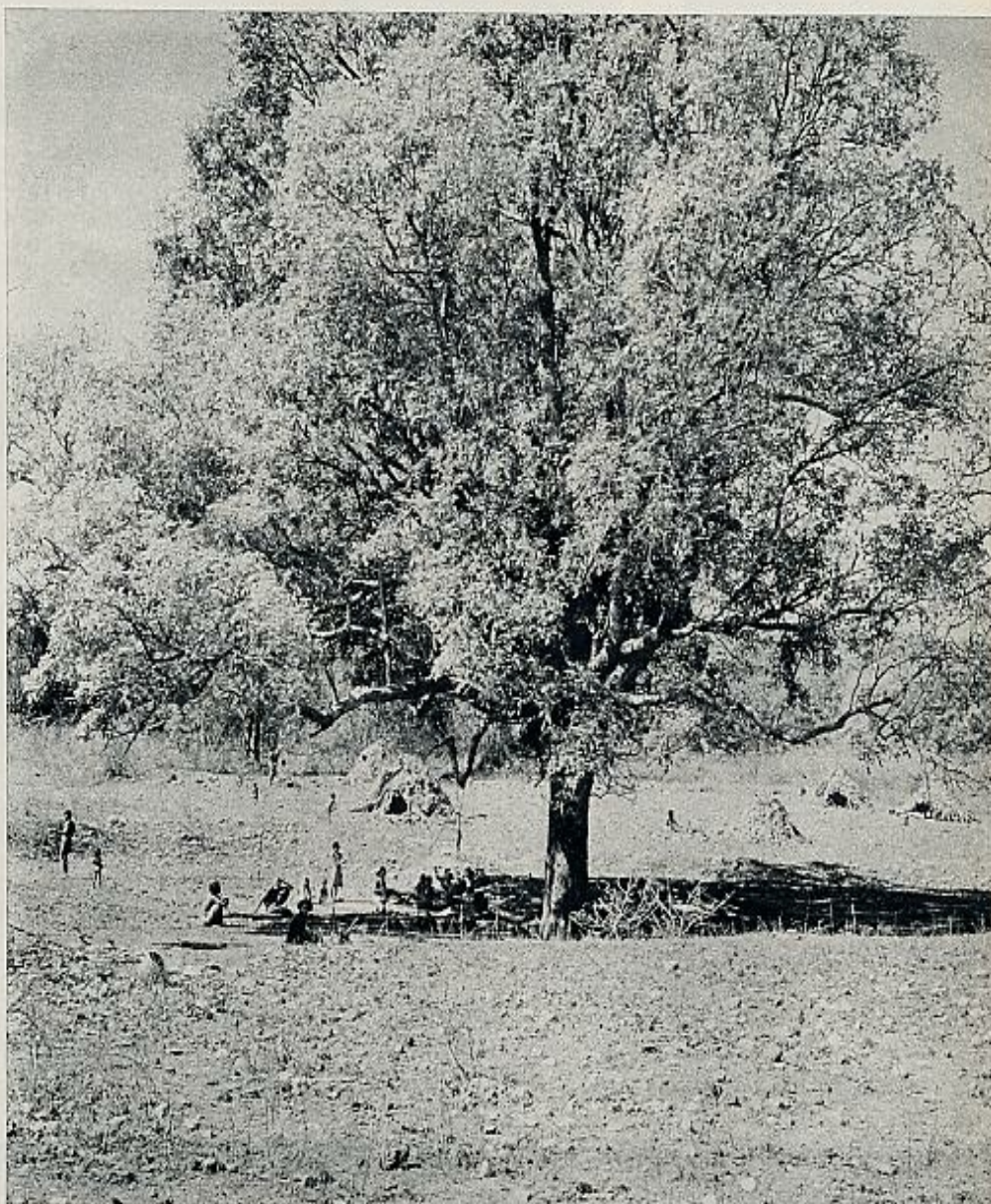
PARERA

me hizo seguir andando. Es que en aquel río habitaba un espíritu, un bonga, y los espíritus, para los primitivos y para nosotros, son siempre malignos, por la sencilla razón, creo yo, que no se ven y, por lo tanto, no sabemos lo que pueden hacer.

Mas, siguiendo el camino, mientras regresábamos (el sol descendía), volví a pensar sobre ciertos detalles que, de momento, no me habían parecido de importancia: el muchacho que, atando los extremos de la red, es reprendido con media palabra de un anciano, levanta sus ojos al árbol, lo reconoce y cambia de tronco; el cuidadoso cambio de camino ante un extraño conglomerado de rocas basálticas, en las que hubiera sido muy cómodo actuar; la exagerada atención prestada al canto de un pájaro invisible. Comprendí que aquella selva, que todo el mundo, estaba lleno de bongas y que la selva de Papua y su jungla eran diversas de las mías; yo procuraba no pisar la cola de una serpiente o no meter mi cara en la tela de una araña; ellos procuraban no molestar a los innumerables espíritus. El peligro, para ellos, era de naturaleza inmaterial. Tuve una confirmación de ello en la última colina, cuando pasamos junto a un curioso recinto, bajo de ramaje, construido siguiendo la misma técnica que sus cabañas. Los paré y pregunté qué era aquello. Naya contestó algo que no pude comprender. Dio señal para continuar el camino, pero yo insistí, rogándole. Consulté con Diguar y entonces entraron todos en el recinto, de unos cinco metros de diámetro, de una altura, a lo más, de ochenta centímetros, en cuyo centro se veían indicios de fuego, y se acurrucaron en circunferencia, vueltos al exterior. Naya quedó de pie, y me señaló el sol, en ocaso, y continuó con una mimica bastante inteligible; cuando llegaban las tinieblas y los cazadores estaban lejos del poblado no se atrevían a proseguir su marcha, se encerraban en aquel lugar, construyendo un recinto como aquél y se colocaban de aquella manera, velando toda la noche. ¿Temor del bag, el tigre? Naya sonrió y los demás también al oír sus palabras en mi boca; yo quedé perplejo, como para decirles: tal vez. Pregunté luego: «¿Bonga bag?». Asintieron, con énfasis. El tigre es temible en cuanto encarna un espíritu maligno; de no ser así, se portaría como un animal cualquiera; en realidad, el tigre es solamente peligroso durante la noche, porque únicamente de noche los bongas son realmente peligrosos. «Bag —dijo Naya, e hizo un signo de una bestia que pasa con aire indiferente—; bonga bag —y tomaba una actitud alarmante, y se escondía entre sus compañeros—. Así comprendí el motivo por el cual no usaban armas, arcos ni lanzas: contra el tigre no tenían utilidad, porque ninguna podía ser usada contra un bonga desencadenado. Podía salvarlos el recinto sagrado del hombre, el fuego sagrado, la vela en oración, el contraponer un espíritu a otro espíritu.

Llegamos al claro del poblado por la parte opuesta a aquella por donde habíamos partido; los cazadores fueron cada uno a su propia cabaña, sin pararse a comentar la jornada, sin cambiarse ningún saludo, como los trabajadores que salieran de una fábrica. Naya conservaba siempre consigo el mono vivo: lo colocó en el suelo, buscó una estaca de madera, la clavó profundamente en tierra y ató allí al animal con una tralla al cuello, de suficiente longitud para permitir que saltara. El simio, al sentirse casi libre, intentó arrancarse la cabeza con sus minúsculas manos negras, se revolvió, rechinó los dientes. Es extraño, pensé, que no le venga la idea de morder aquel lazo que lo sujeta. Pregunté a Naya por qué razón lo había dejado vivo: ¿Por qué no lo mataban con su hacha y lo comían? Contestó con un gesto; después: será más tarde. Constituía una reserva.

VIAJE AL PASADO



Los Birhor sitúan su campamento de pequeñas cabañas cónicas en un claro de la selva, alrededor de un árbol grande. Son una de las últimas poblaciones asiáticas que viven aún de la caza y los frutos de la jungla.

Entretanto, Diguar, en su cabaña, despedazaba el mono muerto, echando las entrañas a los pocos perros del poblado. No eran perros de caza, ni siquiera perros guardianes; los niños no jugaban con ellos, no pertenecían a nadie. Se habían agregado espontáneamente al campo de los hombres porque allí encontraban más fácilmente alimentación; los hombres no los molestaban, porque limpiaban el campo de los residuos. Era un ejemplo histórico de la primera relación hombre-perro, tal como la han imaginado los antropólogos, colocándolo al final de la era glacial. Podía, pues, presenciar, sentado frente a mi pequeña tienda, una especie de film prehistórico, mágicamente conservado durante decenas de milenios. Y tuve la impresión de ser el primer hombre que ponía la mano sobre el cuello de uno de aquellos miserables canes gregarios; dió un salto con un gruñido de espanto. Lo eduqué lentamente, colocando el alimento cada vez más cerca de mí. Al cabo de unos días se echaba a mis pies, se dejaba acariciar durante unos pocos segundos, tembloroso de miedo, de emoción, asustado, pero luego volvía. Los Birhor me observaban, divertidos; era una de las tantas extravagancias in-

comprensibles del extranjero. Ellos habían seguido, durante milenios, otra dirección, la de los que no saben o no quieren utilizar los perros. Si lo hubieran hecho, como lo hicieron los cazadores de la Mesopotamia y los del continente europeo, hubieran ahorrado tiempo y fatigas en las cacerías, hubieran descubierto nuevas técnicas, hubieran ascendido un peldaño. Pero con toda probabilidad, aquellos perros habían llegado demasiado tarde y ahora ya no era tiempo para que los Birhor, hombres que están situados en la curva descendente de su propia historia, sean capaces de nuevos inventos.

Diguar tendió el cuerpo rojo del mono sobre su cabaña para que se secara, luego hicieron todos juntos un gran fuego en medio del poblado, suspendieron la bestia de un palo y lo asaron sobre las piedras, arrancaron pedazos con sus uñas; primero los niños, después el único viejo, luego los de más edad; siguieron las mujeres y los cazadores. Un pedazo de carne para cada uno, muy pequeño, que masticaban aparte. Acepté un pedacito por cortesía, luego me retiré a mi tienda para abrir una lata de conserva de carne.

(Continúa en la pág. 85)

VIAJE AL PASADO

(Viene de la pág. 53)

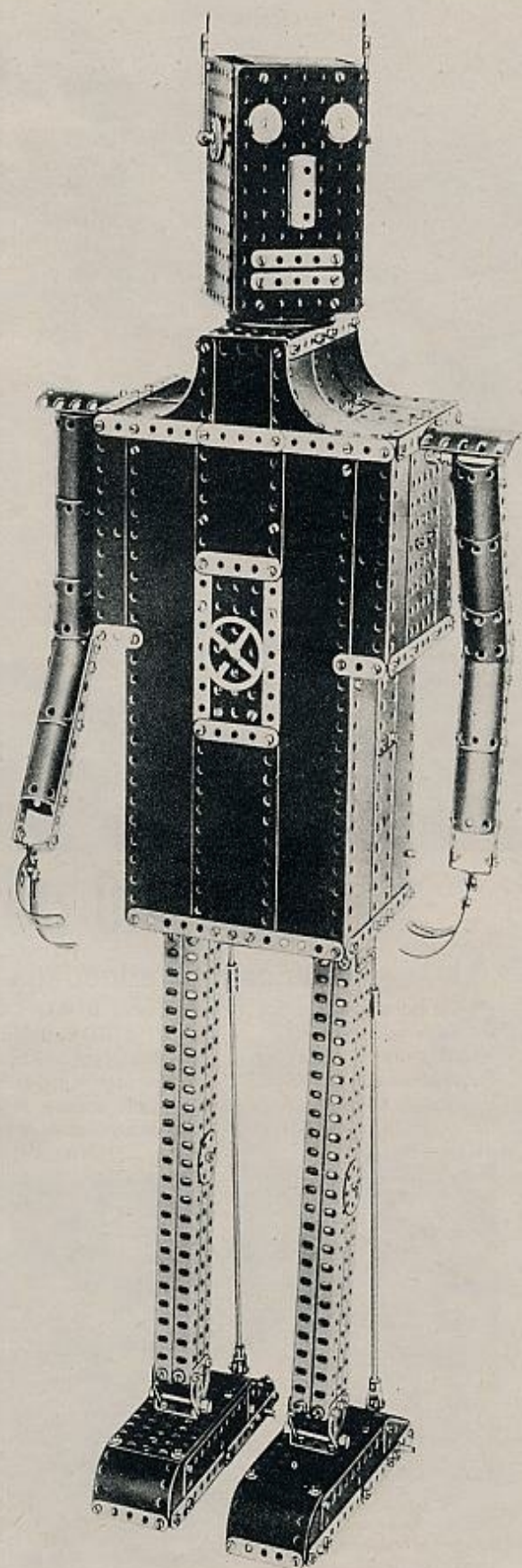
Les había ofrecido, en días precedentes, mi conserva, mas, después de haberla olido diligentemente, la habían rehusado con molestia; recuerdo que una mujer se acercó y tomando en su mano un pedacito se alejó, oliéndolo, para tirarlo finalmente a los perros. Ya tuve ocasiones de observar este desprecio de los primitivos para con nuestros alimentos, a causa de la educación de su propio gusto. Recuerdo, por ejemplo, haber ofrecido un excelente queso danés, en porciones, a un indígena pahuin, que me acompañaba en su piragua en el largo viaje en el río Ogoué, en Africa ecuatorial; después de haber visto cómo lo olía, quedaba horrorizado. Hablaba algo el francés, después de haber permanecido un tiempo en el hospital de Schweitzer, y pudo hacerme comprender, con verdadera indignación, que aquello era un alimento para cerdos, no para hombres. Y otro negro galoa, de Gabon, recuerdo también que se había negado a comer conmigo las bananas de mi reserva, que yo encontraba exquisitas, porque eran demasiado maduras. Y me aseguró que no era cuestión de tabú, sino de sabor y hasta de decencia. Así, refugiado en mi tienda entre los Birhor, me reconocí nuevamente un ser omnívoro, capaz de todo, posibilista, sin ninguna especialización, indeterminado y en cierto sentido poco noble. Comprendí con la mayor clarividencia cómo la gran fuerza de un animal, la principal para la supervivencia de la especie, es realmente la indeterminación de las facultades y de las disposiciones, la capacidad de adaptación. Tenía mi tienda llena de alimentos en conserva, altamente ricos en proteínas, vitaminas, etc., etc., pero mis amigos los Birhor permanecían tenazmente aferrados a su alimentación, escasas y pobres, condenados a sus regímenes dietéticos por fuerzas fisiológicas tal vez ahora insuperables. Por esta causa, pensé, son tan pocos y tan pequeños, y tan mediocrementemente productivos en el plano genético, aunque maravillosamente constituidos para su ambiente. Por esta causa se ven precisados a no salir de la selva, que es su ambiente específico. Por este motivo eran una población olvidada, destinada a la extinción en el juego despiadado de la selección natural.

Se apagaban los fuegos y los canes se acostaban junto a las cabañas. También esto, consideré, es de utilidad recíproca, porque si el tigre llegara silenciosamente los perros ladrarían y los hombres recibirían esta señal de alarma. El simio atado se enloquecía por el terror de la oscuridad, la luna salía lentamente entre los árboles, la penumbra se poblaba de bongas. Por la mañana siguiente, el mono se había escapado, la atadura había sido cortada. Tal vez había estado mordiendo la fibra; me alegré, en secreto. Naya sonrió filosóficamente: «Bonga», dijo. Los bongas por la noche se las piensan todas.

Mis relaciones con los Birhor se habían normalizado. El hecho de que mi presencia no hubiera perjudicado el éxito de su cacería lo consideraron como un buen auspicio; los espíritus del bosque no habían mostrado objeciones contra mí. Desde aquel día fui considerado como un huésped gustoso, aunque siempre ligeramente sospechoso. Ya podía intentar establecer un coloquio menos formal, una especie de amistad, a través de la cual yo pudiera llegar a comprender la estructura de su sociedad, de su mundo espiritual y religioso, de sus convicciones morales; por fin, encontrar la verdadera respuesta a la pregunta que me había sido propuesta: ¿Por qué habían rehusado nuestra civilización? Esta era la cuestión esencial, que, en el fondo, se relaciona con todos los pueblos primitivos, su dramática alternativa. Tal vez ya no existe, en la actualidad, a pesar de ciertas narraciones de viajeros, un solo pueblo primitivo que no haya tenido contacto, a lo menos indirectamente, con nuestra civilización tecnológica, que no haya tenido por lo menos la percepción de un mundo mucho más rico, más desarrollado, más tentador en sus proximidades. Y es de pensar que ningún pueblo primitivo pueda escapar de proponerse una elección: resistir en el aislamiento o ceder y agregarse a este nuevo mundo que llama de todas formas y modos a sus puertas, con lisonjas o con brutalidad, con inteligencia o con nueva barbarie. Esta elección, consciente o inconsciente, implica, sin duda, un profundo y dramático conflicto interior. ¿Discuten este problema estos antiquísimos hombres supervivientes de la edad de piedra, y en qué medida? ¿La discusión está únicamente a nivel de los jefes y de los hechiceros o también de los individuos corrientes y de las mujeres? ¿Y quiénes llevan a cabo las soluciones adoptadas cerca de este o de aquel pueblo?

Mi viaje entre los primitivos se concluye entre los pequeños e inteligentes Birhor de las selvas, porque es entre ellos y con ellos con quienes quiero tener esta conversación más amplia.

Texto y fotografías de GIANNI ROGGI
Copyright L'EUROPEO
Agencia INTERSTAMPA



MECCANO®

el juguete de siempre

DIVIERTE E INSTRUYE

EN EL PROXIMO NUMERO

II

EL ALMA FOSIL